

CHILE: UNA FAMILIA POCO FELIZ

Por

Sebastián Edwards

Henry Ford II Distinguished Professor, UCLA

Revisado:

Diciembre 31, 2011

Anna Karenina de León Tolstoy empieza así: “Todas las familias felices son similares; todas las familias infelices lo son a su manera.”

Hoy en día Chile es una familia poco feliz. Esto no sólo se manifiesta en las protestas estudiantiles, sino que también a otros niveles, como las quejas empresariales, la caída de la aprobación del presidente Piñera, la falta de confianza en las instituciones, y las bajas expectativas de la población.¹

Muchos analistas han afirmado que lo de nuestro país – manifestaciones y malestar -- no es otra cosa que el reflejo de una nueva época en todo el mundo, época en la que el idealismo de los jóvenes, por largo tiempo dormido, ha experimentado un renacer. Así, se habla de la similitud entre las protestas estudiantiles en Chile con las de los “indignados” europeos y las del movimiento “Occupy Wall Street” (OWS) en los Estados Unidos.

Pero si bien hay ciertas similitudes entre estos movimientos, el descontento en Chile tiene raíces muy diferentes al de los países del Norte (o de otras partes del continente americano). En ese sentido, Chile es una “familia infeliz” en el estilo de Tolstoy, una familia cuyas fuentes de infelicidad son, en lo esencial, particulares; casi únicas.

El objetivo de este breve paper es analizar algunas de las similitudes y diferencias entre lo que sucede en Chile y en el resto del mundo. El eje central de lo aquí planteado se puede resumir de la siguiente manera: las protestas chilenas no son “copia monos”, ni están inspiradas por lo que está sucediendo en el resto del mundo. Aún si no hubiera protestas en Europa o en Estados Unidos, Chile hubiera vivido momentos de efervescencia social.

La “infelicidad” chilena es, esencialmente, producto del éxito de las políticas económicas y sociales de los últimos 25 años. Este éxito se ha traducido en dos desarrollos claves: en primer término, la población está convencida de que, en términos generales, la estrategia de desarrollo seguida desde el retorno a la democracia es la adecuada. Es verdad que considera que hay

¹ Para estos y otros datos sobre el sentimiento nacional ver la encuesta del Centro de Estudios Públicos del 29 de diciembre, 2011.

problemas y falencias con el llamado “modelo”, pero no hay un cuestionamiento total del mismo. En segundo lugar, y más importante que lo anterior, el éxito económico chileno de las últimas décadas se ha traducido en *aspiraciones crecientes* de la clase media, aspiraciones que recientemente, y en áreas muy específicas (la educación, la participación política, la demanda por transparencia), se han visto frustradas. Es la frustración de estas aspiraciones lo que está detrás de las protestas y de la infelicidad nacional.

Es verdad que los dirigentes del movimiento estudiantil han sostenido que quieren cambios profundos en prácticamente todos los niveles de la sociedad. Pero, tal como lo indican los resultados de la última encuesta del Centro de Estudios Públicos, estos planteamientos no son compartidos por la población como un todo. Lo que la ciudadanía quiere son soluciones concretas a problemas muy específicos. Y, en general, espera que estas soluciones sean provistas dentro del marco de la estrategia seguida por el país desde 1990. En cierto modo, se trata de protestas “reivindicativas”.²

En el resto de este paper trato tres temas que, en mi opinión, son centrales para entender los desafíos de políticas públicas enfrentados por el país: (1) la naturaleza del descontento chileno, y las diferencias con episodios de protestas en el resto del continente. (2) Por qué Chile no está considerado entre los países con mayor potencial de crecimiento, y qué hacer al respecto. Y (3), una reflexión y propuesta sobre una reforma unieversitaria.

Historias traicionadas y descontentos aspiracionales

Para entender la realidad chilena es útil distinguir diferentes fuentes de insatisfacción ciudadana en distintos lugares del mundo durante los últimos años. Para ello es conveniente comenzar con Argentina.

Las grandes protestas del 2001 resultaron en la renuncia del presidente Fernando de la Rúa y en la designación sucesiva de tres jefes de estado. La situación política sólo se apaciguó a comienzos del año 2002, con el nombramiento de Eduardo Duhalde como presidente interino.

Detrás de estas protestas había un sentimiento generalizado de que los políticos habían traicionado la historia de la nación. La caída del empleo y de los salarios, el sentido generalizado de zozobra, la corrupción desatada, y el lento estrangulamiento de la economía contribuyeron a crear una atmósfera de catástrofe, en la que los ciudadanos transandinos sentían que su país, alguna vez poderoso y admirado, incluso envidiado, se encontraba en una caída libre. Se trataba de una “historia traicionada”, de una situación donde lo construido por generaciones se

² Ver las distintas encuestas del Centro de Estudios Públicos., en http://www.cepchile.cl/dms/lang_1/encuestasCEP.htm

desintegraba con rapidez. Y ante esta imagen de decadencia la reacción de los ciudadanos fue la de un repudio total al establishment político y económico.³

Este rechazo generalizado se cristalizó en la consigna repetida una y mil veces por señoras de clase media, abuelos acompañados por sus nietos, padres de familia, funcionarios públicos, empresarios, y yuppies de los famosos *countries* bonaerenses: “¡Que se vayan todos!” “¡Que se vayan todos!”

Las protestas argentinas del año 2001, entonces, fueron un movimiento social con amplias bases ciudadanas. La población protestaba contra la decadencia del país, decadencia generada por la clase política. Lo que los manifestantes pedían era un cambio total de sistema.⁴

Los estudiosos de la historia argentina argumentarán, con justa razón, que el deterioro comenzó mucho antes de la implementación de la ley de convertibilidad, y que la crisis del 2001-2002 no fue otra cosa que la última expresión de un largo camino descendente.⁵ Todo eso es verdad, pero también es verdad que, como argumenté más arriba, la causa esencial del descontento y de las protestas del 2001-02 fue la idea de que la acumulación de políticas implementadas hasta ese momento (y los políticos que las habían implementado) habían llevado al país a un fracaso completo y total.

A través de las décadas, otras protestas latinoamericanas han tenido causas similares (aunque no idénticas) a las argentinas. Algunas tuvieron éxito, mientras que otras terminaron en represión, dolor y muerte.

De otra parte, las protestas de los últimos meses en E.E.U.U. – OWS y sus retoños como “occupy college” – responden a la percepción de que desde la explosión de la crisis del 2008, el abuso y la impunidad han aumentado con fuerza. Después del colapso global del 2008 hubo consternación porque se estaban utilizando dineros públicos para rescatar a los bancos, mientras que el desempleo aumentaba ferozmente, y los salarios, pensiones y beneficios sociales caían con rapidez. Esta situación se vio agravada en el 2011 como consecuencia, especialmente, del aumento de las utilidades del sector financiero y de los bonos estratosféricos pagados a quienes laboran en él. Los ciudadanos advirtieron, entonces, que los banqueros de inversión – quienes son sindicados como los principales causantes de la crisis – no han cambiado ni sus prácticas abusivas ni su nivel de codicia. El que no haya habido grandes juicios en contra de financistas prominentes -- la única excepción importante es Bernie Madoff, el Charles Ponzi moderno --, ha agudizado el grado de furia de la gente, la que, independientemente de su posición política, ha

³ En mi libro *Left Behind: Latin America and the False Promises of Populism* (University of Chicago Press, 2010), me refiero al episodio argentino del año 2001 como “la madre de todas las crisis”.

⁴ Paradojalmente, en las elecciones del 2011 – tan solo 10 años después de la gran crisis --, el voto argentino fue por la continuidad. Prácticamente todos los “incumbentes” lograron ser reelectos. Véase el análisis de Ignacio Zuleta, “2011, termina la maldición de los gobiernos débiles”, *Ámbito Financiero*, 28 de octubre 2011.

⁵ Ver Gerardo Della Paollera y Alan M. Taylor (Eds.) *A New Economic History of Argentina*, Cambridge University Press, 2003.

repudiado a Wall Street y al sector financiero. No es una coincidencia que sea precisamente el desprecio a los financistas lo que une al Tea Party y al movimiento OWS.

En Europa la “indignación” ciudadana responde, en lo esencial, a dos causas: la caída en los estándares de vida requeridos por los ajustes fiscales impulsados por distintos gobiernos, y, al igual que en los EEUU, por la furia que causa la impunidad con la que han actuado, y continúan actuando, los banqueros. El hecho que en muchos países los niveles de gasto hayan sido insostenibles es inmaterial para la discusión en este ensayo

El descontento en Chile es, sin embargo, muy diferente a los de Argentina, EEUU o Europa: no hay un “¡Que se vayan todos!”, ni un sentimiento de que se ha traicionado la historia de la nación, o que se ha torcido el destino de la República. Y, a pesar del escándalo de la multitienda “La Polar”, tampoco hay un sentimiento de furia basado en la percepción de que estamos envueltos en grandes abusos y que la impunidad y la corrupción se hayan desbocado.

Chile es una familia infeliz a su manera. Y ello, desde luego, implica que las soluciones deben ser particulares, y responder a esta realidad.

Paradójicamente, las protestas chilenas son el resultado del éxito de las políticas económicas y sociales implementadas durante la última generación. En Chile, el descontento es la consecuencia de aspiraciones cada vez más ambiciosas, las que después de haberse cumplido en forma sistemática, de pronto, dejaron de hacerlo. La cosa es así: durante las últimas décadas – ciertamente, desde el retorno a la democracia--, la clase media chilena ha aspirado a más y a más: el automóvil, la casa propia, y las vacaciones con la familia en el extranjero (Miami ha sido un destino favorito), por nombrar sólo las más importantes.

Una vez que estos objetivos fueron logrados, las aspiraciones se volcaron al tema educacional. Más y más familias de clase media empezaron a aspirar a que sus hijas e hijos fueran profesionales. Lo habían escuchado una y otra vez: la educación es el vehículo más seguro para lograr la movilidad social y la prosperidad. De hecho, los planteamientos del llamado “modelo neoliberal” fueron tan exitosos que la población aceptó la idea de que para progresar lo esencial era educarse y obtener cada vez mejores calificaciones. La ciudadanía aceptó que ni el asistencialismo ni las políticas puramente distributivas eran la solución; la solución era acumular lo que los economistas llaman “capital humano”.

Y así fue como la demanda por educación superior aumentó fuertemente. La oferta, por su lado, fue proporcionada por las nuevas universidades privadas – las que, supuestamente, no tenían fines de lucro -- que emergieron a lo largo del país.

Pero, y como es ampliamente conocido, para muchas familias – ¿para la mayoría? – las cosas no resultaron como se esperaba: la calidad de estas nuevas universidades era cuestionable y los aranceles sumamente elevados. Peor aún, muchas veces los egresados no encontraban trabajo en su campo profesional. Y todo esto se vio complicado por la intermediación de la banca nacional

de los créditos de educación. De alguna manera surgió la noción de que los bancos se estaban beneficiando de las penurias de la clase media, la que, después de años de progreso, veía sus aspiraciones cercenadas.

El conflicto estudiantil en Chile es la expresión más visible de este “descontento aspiracional”; pero no es la única causa. Durante las semanas y meses de manifestaciones y protestas, la población ha realizado un profundo acto de introspección y ha concluido que si bien apoya un sistema donde impera la apertura internacional y competencia, está en desacuerdo con las desigualdades que se han perpetuado durante todos estos años. Si bien no hay un grito de “¡Que se vayan todos!” o “¡Cámbienlo todo!”, sí hay un deseo creciente por mayor igualdad de oportunidades, más “accountability”, y mayor empatía por parte de los políticos. También, y esto es muy importante, ha empezado a surgir una fuerte demanda por mayor participación política.

Todo lo anterior sugiere que Chile se encuentra en un punto de inflexión, y que en los próximos años debe hacerse un gran esfuerzo por acelerar el crecimiento y mejorar la distribución del ingreso (claro, decirlo suena casi a perogrullada; ¡nadie se opone a esto! De hecho, “crecimiento con distribución” es la idea central de la plataforma política de todo presidenciable).

Pero tan importante que lo anterior es prestar atención a las aspiraciones ciudadanas, consignar cuáles de ellas son las más valoradas y las que se han frustrado con más estridencia, y determinar qué políticas, tanto micro como macro, son necesarias para que esas aspiraciones sean logradas.

Mi conjetura – y, debo recalcar que a estas alturas esto no es más que eso, una conjetura --, es que entre las aspiraciones frustradas se encuentran una serie de temas ampliamente discutidos en seminarios de políticas públicas y en think tanks diversos: (a) la ya mencionada aspiración educacional (la que, naturalmente, no está restringida al nivel universitario). (b) La aspiración de los ciudadanos comunes y corrientes por ser tratados con respeto y dignidad, tanto por las autoridades, como en el trabajo, y en las relaciones comerciales. (c) Vivir sin miedo, lo que significa, desde un punto de vista financiero, poder enfrentar un (posible) cuadro de enfermedades catastróficas sin entrar en la falencia económica. (d) Tener una vejez digna, sin caer en la pobreza. (e) No ser víctimas de crímenes violentos. (f) Que las autoridades sean más “accountable” ante los ciudadanos. Y (h), Tener mayor participación a nivel político.

En términos del diseño de políticas públicas para el futuro, un primer paso es entender cuáles son – y cuán profundas son -- las “brechas aspiracionales” en Chile. Desde luego, esto no es fácil de hacer. Más aún, las herramientas tradicionales de la economía no son muy adecuadas para estimar la magnitud de estas “brechas”. Estos cálculos requerirán de creatividad de parte de los analistas, los que deberán recurrir al uso de encuestas, un instrumento que muchos economistas miran con escepticismo.

Una vez estimada la magnitud de estas brechas se debe pensar en cómo hacer para cerrarlas durante los próximos años. Sólo en la medida en que estas brechas se vayan cerrando será posible derrotar la tristeza de la familia chilena.

¿Por qué Chile no es un país 3-G?

En un trabajo reciente los economistas Willem Buiter y Ebrahim Rabhari han argumentado, en forma convincente, que las categorías de países emergentes y BRICs están pasadas de moda.⁶ El primero es un grupo demasiado amplio, mientras que el segundo está constreñido tan solo a cuatro países grandes. Sin embargo, señalan Buiter y Rabhari, hay una cantidad de países pequeños y medianos con enormes potenciales de crecimiento. Según estos autores, en un mundo verdaderamente globalizado es esencial identificar a los “Global Growth Generators (3-Gs)”.

Luego de un largo y detallado análisis Buiter y Rabhari concluyen que son 11 los países en esa categoría de 3-G (ver Cuadro 1):

- Bangladesh
- China
- Egypt
- India
- Indonesia
- Iraq
- Mongolia
- Nigeria
- Philippines
- Sri Lanka
- Vietnam

Dos cosas llaman la atención sobre esta lista: en primer término, todos los países incluidos tienen en la actualidad un PIB per cápita (medido en PPP) relativamente bajo. Ello refleja el hecho que es más fácil crecer en forma sostenidamente acelerada – digamos por encima del 6% anual durante una docena de años -- si las condiciones iniciales son de relativa pobreza. Esto es lo que los economistas llaman “convergencia” de los niveles de ingresos per cápita. Otra manera de decirlo es que países de “clase media”, como Chile, enfrentan una pendiente especialmente empinada en sus esfuerzos por crecer a tasas elevadas en forma sostenida. Para lograrlo, tienen que redoblar sus esfuerzos, especialmente en las áreas de innovación y aumentos de la productividad. Y este desafío, naturalmente, nos lleva de vuelta al tema de la educación, su calidad, y reformas (tema sobre el que regreso al final del paper).

En segundo lugar, entre los 3-G no hay ningún país latinoamericano. Ni siquiera Brasil, la “B” de los BRICs, está incluido. Esto refleja la dificultad, ya mencionada, que enfrentan los países de clase media. Pero eso no es lo único; también es una consecuencia de que los países

⁶ “Global Growth Generators: Moving Beyond Emerging Markets and BRIC,” Citigroup Global Markets, February, 2011.

latinoamericanos tienen un sistema educacional extremadamente deficiente. Aún los que obtienen mejores resultados en las pruebas estandarizadas – Chile y Uruguay – se encuentran entre el 25% más bajo en los rankings de calidad como las pruebas PISA o TIMSS.

Según este estudio, Chile – junto con Brasil, Colombia, México y Perú -- está en un segundo conjunto de países: los aspirantes a 3-G, que por una razón u otra no logran sumarse a ese grupo pujante. Ese grupo recibe el nombre de “países robustos” y su composición puede verse en el Cuadro 2.

La ausencia chilena en la lista de los 3-G sugiere que lograr tasas de crecimientos como las de la “década mágica” 1987-1997 será muy difícil y demandará reformas creativas, audaces y profundas. Se trata de darle un “revolcón a la economía”, para así generar una nueva etapa de crecimiento elevado.⁷ Algunas de estas reformas – especialmente las relacionadas con eliminar distorsiones y reducir regulaciones excesivas – están en el radar del gobierno y de los think tank tradicionales, pero otras no lo están; son, precisamente en estas “reformas escondidas” las que debe descubrir y elaborar un grupo como *Res Publicas*.

Por una verdadera reforma universitaria

Según el *Times Higher Education Supplement de Londres* no hay ninguna universidad chilena entre las 350 mejores del mundo.

China (incluyendo Hong Kong), sin embargo, tiene 11; Israel tiene 4, Corea 7, y Singapur 2. Pero eso no es todo, incluso países mucho más pobres que Chile tienen universidades entre las 350 mejores del mundo: Sud África tiene 3, Irán 1, India 1, Egipto 1, y Turquía 4. Entre los países latinoamericanos sólo Brasil se inscribe en este grupo, con 2 universidades entre las mejores 350 del planeta.⁸

Una de las primeras cosas que uno nota al analizar en detalle el ranking del Times Higher Education Supplement es que 28 de las 30 mejores universidades del mundo están en países anglosajones – Canadá, EEUU, y el Reino Unido. UCLA, mi propia universidad, está en el puesto número 13. Y si consideramos las 100 universidades top, 73 de ellas viene de estos países – al que ahora habría que agregar Australia. Lo interesante es que otros rankings – incluyendo el de ARWU en Shanghái – dan resultados muy similares.⁹

Ante una evidencia tan arrolladora, uno esperaría que los participantes en nuestro conflicto universitario – las universidades propiamente tal, los líderes estudiantiles, y las autoridades de gobierno -- hubieran desmenuzado el sistema sajón, tratando de determinar qué tienen ellos que nosotros no tenemos; intentando, quizás, emular los buenos atributos de esas universidades,

⁷ En los tempranos años 90, el entonces candidato a la presidencia colombiana César Gaviria habló de darle un “revolcón a la economía”. Las reformas de esa administración, sin embargo, fueron incompletas y se frustraron cuando los sindicatos afectados por los cambios se opusieron con tenacidad al proceso de modernización y privatización. Ver, por ejemplo, S. Edwards y R. Steiner: *La Revolución Incompleta*, Norma, 2008.

⁸ Ver <http://www.timeshighereducation.co.uk/world-university-rankings/2011-2012/top-400.html>

⁹ Ver <http://www.arwu.org/>

proponiendo reformas de fondo y de contenidos que atacaran el problema de la calidad, y de esta manera ayudaran a lograr el doble objetivo de crecimiento y mayor equidad.

Pero nada de eso se hizo. Al contrario, tiros y troyanos se han empeinado en mantener posiciones doctrinarias, incluso demagógicas, tratando de acaparar la atención de los medios, en vez de buscar una solución verdadera a nuestra tragedia universitaria. Y como nadie se ha preocupado sobre el tema de fondo, que es la calidad y el modelo de universidad que debiéramos tener, lo más probable es que cuando el conflicto se solucione todo siga siendo, en lo sustancial, como hasta ahora: Nuestra educación superior seguirá siendo cara y mala.

La única diferencia de fondo será que, en vez de ser las familias de los estudiantes quienes paguen por esa educación malita, lo harán todos los contribuyentes chilenos. Desafortunada e ineludiblemente, esto significa que las familias más pobres – aquellas que no pueden siquiera soñar con mandar a sus hijos a la universidad – pagarán una fracción muy elevada de este costo.

La mediocridad de nuestras universidades es, en gran parte, producto de un modelo pasado de moda. En efecto, nuestro sistema universitario responde a las necesidades de la mitad del siglo pasado, cuando el país trataba de industrializarse forzosamente y enfrentaba serios problemas de salud pública. Pero ese modelo no tiene la capacidad de cumplir un rol catalítico ya entrado el siglo 21.

Actualmente las carreras son rígidas y forman especialistas de skills estrechos. En el siglo 21 se requiere, precisamente, lo contrario. Lo que necesitamos es flexibilidad y personas con una base educativa muy general; individuos que puedan adaptarse con rapidez a los cambios tecnológicos, a la demanda cambiante por habilidades y destrezas, y a las necesidades del país.

Las carreras son muy largas – seis años para formar un ingeniero --, y se supone que una vez graduadas, la mayoría de las personas ya no volverán a estudiar.

Muchos de nuestros egresados no saben escribir, y su comprensión de lectura es baja. No tienen conocimientos de ciencias básicas, ni saben interpretar estadísticas elementales, ni razonar en forma científica y eficiente, ni hacer presentaciones en público; tampoco tienen la creatividad requerida para resolver problemas sobre la marcha. Una de las situaciones más corrientes en Chile es la del profesional que, enfrentado ante una situación nueva, sonríe con satisfacción para luego decir: “No, pues. Eso no se puede.” En las naciones modernas y emprendedoras el “no se puede”, casi nunca es una respuesta aceptable.

Resulta que en los países sajones las universidades siguen un modelo diametralmente opuesto al nuestro, un modelo donde el objetivo es formar generalistas, los que solo con posterioridad, y durante estudios de postgrado, se especializarán en alguna profesión específica. Más aún, estas especializaciones no serán de por vida, ya que la mayoría de los graduados volverán a las universidades, dos, tres y hasta cuatro veces durante sus vidas.

Consideremos el caso de UCLA – una universidad pública, a la que cada año llegan miles de jóvenes cuyos padres apenas terminaron la secundaria. Esta universidad – a la que he estado ligado como profesor por 30 años -- forma ingenieros en sólo 4 años, dos años menos que en Chile. Pero eso no afecta para nada la calidad de sus graduados; de hecho, son tan buenos que según el Times de Londres UCLA está en el octavo lugar en la categoría de Ingeniería y

Tecnología del mundo entero. No está demás decir – aunque a estas alturas esto no debiera sorprender a nadie -- que todas las universidades por encima de UCLA en este ranking son universidades anglosajonas.¹⁰

UCLA no gradúa a ningún abogado en sus programas de pregrado– ¡ni uno solo! Tampoco produce, al nivel de pregrado, psicólogos, administradores de empresas, médicos, dentistas, veterinarios, periodistas, o trabajadores sociales. Desde luego que imparte (casi todas) estas profesiones, pero lo hace en escuelas de postgrado, y a través de magísteres o doctorados.

Los programas de pregrado de UCLA están basados en la mejor tradición sajona de las “Artes Liberales.” Sus estudiantes leen los clásicos, estudian ciencias y matemáticas, hacen trabajos de investigación, estudian biología y economía, toman cursos de psicología experimental, y de arte, entre otros. Todos ellos eligen una concentración, lo que los obliga a estudiar una disciplina en mayor profundidad. Pero eso no significa que se transforman en súper especialistas de ese ramo.

Lo graduados son individuos flexibles, que posteriormente – y si así lo desean -- pueden especializarse, a través de programas de postgrado, en casi cualquier tema, y que pueden resolver problemas específicos.

Todo tipo de empresas e instituciones – bancos de inversión, agencias públicas, compañías manufactureras, museos y galerías de arte, estudios de abogados – se pelean a nuestros graduados. Y como han sido entrenados para que absorban nuevas ideas con facilidad, aprenden con rapidez las técnicas y procedimientos de sus nuevos trabajos. Al cabo de unos años muchos de estos estudiantes vuelven a la universidad para sacar un máster y, de esa manera, avanzar en sus vidas laborales.

El sistema universitario chileno presenta un vivo contraste con el modelo sajón, En nuestro país, como se dijo, encasillamos a los jóvenes desde el primer día y los transformamos en mono sabientes, en personas estrechas, en abogados prematuros, o psicólogos deprimidos, o periodistas desempleados.

Como ha planteado Patricio Meller, es de esencia que reformemos la estructura misma de nuestras universidades.¹¹ Tenemos que salirnos de mediados del siglo 20, y saltar al futuro. Dejar de lado la rigidez y abrazar la creatividad y el cambio.

Este no es el lugar para discutir todos los detalles de una reforma universitaria de verdad revolucionaria. Pero aquí van algunas sugerencias: (a) la duración del primer grado debe acortarse a cuatro años. (b) Los dos primeros años deben ser de formación general, con cursos requeridos (para todos) de literatura, matemáticas, ciencias, estadísticas, economía, ciencias políticas, filosofía, y psicología. Y (c), todo estudiante debe aprobar un taller de escritura, en el que debe demostrar que puede expresar y defender una idea en no más de 500 palabras.

Desde luego, en este modelo los estudiantes eligen una concentración. La mayoría de los dos últimos años estarían dedicados, precisamente, a especializarse. Los grados obtenidos serían de licenciados – en letras, ciencias, psicología, matemáticas, historia, u otras disciplinas. La

¹⁰ http://www.timeshighereducation.co.uk/world-university-rankings/2011-2012/engineering-and-IT.html#score_OS%7Csort_ind%7Creverse_false

¹¹ <http://diario.elmercurio.com/detalle/index.asp?id={e29c3c00-d105-4ee1-aff-090755452684}>

formación profesional de abogados, dentistas, médicos, veterinarios, psicólogos, economistas, administradores de empresas y otros se obtendrían en programas de postgrado de distinta duración.

Además, para graduarse como licenciado todo estudiante debiera ser efectivamente bilingüe. Esto es, debe haber aprobado un examen de lenguas al nivel requerido para hacer estudios de postgrado en un país cuya lengua no sea el español – por ejemplo, obtener en el TOEFL el puntaje mínimo requerido por las universidades de EEUU para aceptar a alumnos extranjeros.

Imaginémonos, por un segundo, cómo cambiaría el país bajo este sistema. Habría miles y miles de jóvenes altamente funcionales y productivos, entusiastas y llenos de ideas, capaces de resolver problemas e iniciar emprendimientos. Sabrían que sus vidas de aprendizaje no terminarían al salir de la universidad; al contrario, volverían a ella muchas veces.

Un Chile con estas características sería la envidia de nuestros vecinos. Un Chile con estas universidades podría saltar a la prosperidad en muy poco tiempo. Un Chile con este sistema de educación superior tendría ciudadanos más plenos, más cultos, y – ¿por qué no decirlo? – más felices.

Desde un punto de vista práctico la implementación de un sistema como el anterior no es nada de fácil. El problema central es que para que esta revolución universitaria sea verdaderamente exitosa, es necesario enfrentar lo que los economistas llaman una “falla de coordinación”. Esto significa que las reformas sólo tendrían éxito si todas – o la gran mayoría – de las universidades lo adoptan simultáneamente. El que lo hagan una o dos de ellas no es suficiente. En ese caso el conservadurismo y la inercia prevalecerían, y las empresas continuarían favoreciendo a aquellos graduados de los programas tradicionales: contratarían a un ingeniero comercial, por más estrecho de mente que sea, antes de contratar a un licenciado en ciencias, o letras, o matemáticas. Pero la resistencia no estará confinada a los empleadores; los mismos profesores se resistirían al cambio, y los mejores docentes serían asignados a enseñar en las carreras de siempre. Esto es, de hecho, precisamente lo que sucedió en la Universidad Católica con el programa de bachilleratos, el que hoy en día es considerado un “pariente pobre” de las carreras tradicionales.

Como explica Louis Menand en un artículo recientemente publicado en el *New Yorker* (“Live and Learn: Why we have Colleges”), los Estados Unidos también enfrentaron el problema de coordinación al crear su sistema de *colleges*, sistema que es la piedra angular de la educación basada en los liberal arts.¹² El modelo sólo se consolidó a principios del siglo 20 cuando las universidades de elite – casi todas agrupadas en la famosa Ivy League – decidieron, *conjuntamente*, exigir el grado de bachelor para el ingreso a las carreras profesionales, como la abogacía y la medicina. Dice Menand:

“In the nineteenth century, a college degree was generally not required for admission to law school or medical school, and most law students and medical students did not bother to get one. *Making college a prerequisite for professional school was possibly the most important reform ever made in American higher education.* It raised the status of the professions, by making them harder to enter,

¹² Ver, http://www.newyorker.com/arts/critics/atlarge/2011/06/06/110606crat_atlarge_menand. Énfasis agregado.

and it saved the liberal-arts college from withering away. This is why liberal education is the elite type of college education: it's the gateway to the high-status professions. And this is what people in other parts of the world mean when they say they want American-style higher education. They want the liberal arts and sciences.”

El hecho de que una reforma profunda como la aquí sugerida sólo tendría éxito si muchas universidades (incluyendo, especialmente, las más prestigiosas) la adoptaran simultáneamente, significa que alguien – o mejor dicho alguna institución – tiene que encargarse de solucionar la “falla de coordinación” ya aludida. Es posible pensar que un grupo de universidades con una enorme visión de futuro decida hacerlo. Pero también es posible que eso no suceda. De hecho, personalmente dudo mucho que lo hagan.

Una alternativa a la acción voluntaria sería que el gobierno, a través del Ministerio de Educación, tomara el rol de coordinador. No se trata, desde luego, de tomar una actitud coercitiva. Más bien se trata de dar un “empujoncito”, en el sentido que le dan al término Richard Thaler y Cass Sunstein en su influyente libro “Nudge”¹³.

Una revolución educativa como la aquí planteada ayudaría, de inmediato, a “cambiarle de pelo” al país. Y ese debiera ser, justamente, el objetivo de las políticas públicas.

¹³ Richard Thaler and Cass Sunstein, *Nudge*, Yale University Press, 2008.

CUADRO 1: Países 3-G

Figure 98. 3G countries

Country	2010 GDP per capita	% of US GDP per capita	Average growth 2010 - 2050	3G Index Score
Bangladesh	1735	4	6.3	0.39
China	7430	16	5.0	0.81
Egypt	5878	13	5.0	0.37
India	3298	7	6.4	0.71
Indonesia	4363	10	5.6	0.70
Iraq	3538	8	6.1	0.58
Mongolia	3764	8	6.3	0.63
Nigeria	2335	5	6.9	0.25
Philippines	3684	8	5.5	0.60
Sri Lanka	4988	11	5.5	0.33
Vietnam	3108	7	6.4	0.86

Note: GDP per capita measured at 2010 PPP USD. Average growth is average growth in our forecasts of real GDP per capita measured at 2010 PPP USD. See the main text for a description of the 3G Index.

Source: Citi Investment Research and Analysis

CUADRO 2: Países “Robustos”

Figure 99. Selected Countries – Not 3G, but good performers

Country	2010 GDP per capita	% of US GDP per capita	Average annual growth forecast 2010 - 2050	3G Index Score
Brazil	10980	24	3.5	0.41
Chile	14956	33	3.4	0.22
Colombia	9302	20	3.8	0.41
Kazakhstan	12121	27	4.2	0.24
Korea	29538	65	3.0	-0.29
Mexico	13689	30	3.0	0.27
Peru	9470	21	4.0	0.40
Russia	15701	34	3.7	-0.29
South Africa	10360	23	3.8	-0.05
Thailand	8638	19	4.4	0.33
Turkey	13063	29	3.5	0.05
Ukraine	6606	15	4.4	0.18

Note: GDP per capita measured at 2010 PPP USD. Average growth is average growth in our forecasts of real GDP per capita measured at 2010 PPP USD. See the main text for a description of the 3G Index.

Source: Citi Investment Research and Analysis